



VERBENA '95

PROFECÍAS PARA
LHDD - 11 03

DETALLES DE MI VIDA Parte 3

Detalles de Mi Vida – 3ª Parte

Libro 11, Compilación #03 de publicaciones de LHDD sobre el tema, por laclaveenaudio.com – Enero 2022
(Todos los fragmentos de profecías provienen de Jesús, a menos que se especifique lo contrario.)

Mi Batalla en el Desierto

(Mat. 4:1-11, Luc. 4:1-13)

Venid, y os contaré Mi lucha. Todo ese tiempo que pasé en el desierto libré una batalla campal contra el Maligno. El Infierno entero se desató contra Mí. Satanás luchó con todas las maldades, todos los pensamientos y todas las dudas perversas que pudo lanzarme, para ver si me rendía. Probó, sin exagerar, todo lo habido y por haber.

¡Me debatí, zarandeado por gigantes de dudas que pasaban sobre Mi cabeza! Efectivamente, ¡el Tentador se me presentó en el desierto -el desierto de Mis pensamientos- y soltó todas las fieras de sus dudas! Me rodeaban monstruos por todas partes. Intentaban devorarme y acabar conmigo. Por todos lados sufría crueles ataques. Me tentaba Satanás, y estuve con fieras en medio del desierto. Esas fueron las fieras que tuve que vencer, las fieras que tuve que reprender, las fieras sobre las que tuve que triunfar: ¡las de las dudas!

Comenzaron de un modo muy sutil, y ni me di cuenta de que esas fieras que me rodeaban eran dudas serias. Parecían inofensivas; pero a medida que Satanás intentaba seducirme y tentarme, me di cuenta del peligro, vi adónde podían conducir esas dudas si las aceptaba. Vi que sólo crecerían. Comprendí que, de haberlas aceptado, se habrían transformado en puras bestias salvajes, fieras de dudas que me habrían devorado y habrían acabado conmigo. Por tanto, ¡luché! Peleé, forcejeé y procuré rechazarlas. Luché largo y tendido, y Mis fuerzas flaqueaban.

No caí, pero me estaba debilitando, porque me zarandeaban por los cuatro costados. Fue la hora de Mi prueba, y el Tentador tenía rienda suelta para atacarme. Entonces comprendí que no podía seguir luchando con Mis fuerzas humanas. Me di cuenta de que necesitaba un poder mayor para alcanzar la victoria. No me había dado por vencido. No pedí a esas fieras de la duda que se quedaran conmigo. No las acepté. Mas Mi carne no tenía fuerzas para seguir batallando.

Sí, fui tentado en todo según vuestra semejanza, pero sin pecado. Sin pecado porque no cedí, no desistí. Sin pecado porque, aunque me asaltaban por todos lados las dudas, el desaliento y la desesperación, no los acepté. Aunque tuve la tentación de hacerlo, no lo hice.

(1)

No sabía cuánto tiempo tendría que pasar allí. No se me dijo cuánto duraría. Nadie me dijo: «Solo pasarás cuarenta días en el desierto y al final, cuando estés en el punto de mayor debilidad, agotamiento y hambre, el Diablo te dará con todo, te pondrá a prueba, te tentará y te llevará al límite para destrozarte. Pero no te preocupes, si aguantas hasta ese punto, ganarás.» De haberlo sabido, Mi estadía por el desierto no habría sido la prueba que Mi Padre deseaba. No me habría probado hasta el límite, no me habría quebrantado hasta el punto de

sentirme en las últimas, y la victoria no habría sido tan grandiosa.

El Enemigo me molestó y me asedió a cada instante todos los días que pasé en el desierto. Fue implacable y no dejó de provocarme. Se me hacía interminable. En el fondo sabía que tarde o temprano se acabaría, porque sabía que no estaba destinado a morir en el desierto. De todos modos, el tiempo que pasé allí se me hizo una eternidad, al no saber cuándo terminaría, cuándo me liberaría.

De haber sabido el momento y la manera exactos en que terminaría, no habría sentido tanto apremio. Habría contado los días hasta Mi liberación, esperando hasta el momento en que terminara. Seguramente no habría sido tan implacable en Mis contraataques contra el Diablo. Necesitaba esa temporada de pruebas para cultivar un odio total hacia él y conocer sus tácticas. Era preciso que supiera cómo sentía el ser humano el asedio del Enemigo. Como ven, Mi Padre, motivado por Su sabiduría, me ocultó los detalles, ya que era Mi preparación final antes del inicio de Mi ministerio pleno. Esa experiencia era lo que me hacía falta para terminar Mi preparación.

Lo mismo ocurre con cualquier batalla por la que pasen ustedes. Todas las pruebas, tribulaciones y batallas tienen su razón de ser. Con ellas me propongo instruirlos, fortalecerlos y convertirlos en mejores luchadores, que fue el mismo fruto que tuvo en Mí el tiempo que pasé en el desierto.

Pónganse en Mi lugar por unos instantes. Imaginen que están donde estaba Yo. Imagínense que pasan cuarenta días en el desierto ayunando. Imaginen el asedio constante del Enemigo, que no para de día ni de noche. Imaginen que en todo momento tienen que contrarrestar las mentiras y la propaganda del Diablo y que él sigue volviendo para otro asalto. Imagínense la desesperanza que amenazaba con apoderarse de Mí, el desaliento e impotencia cuando al amanecer de cada día me tocaba librar otro asalto contra el Tentador. Me valía de todo lo que tenía, y el Enemigo siempre volvía. Me sentí abandonado y olvidado. Me sentía impotente, ya que hiciera lo que hiciera, fuera cual fuera la estrategia o arma de Mi arsenal que empleara, el Diablo volvía para darme otro golpe. ⁽²⁾

Fue una batalla campal; fue también una prueba, una prueba que tuve que superar. Tuve que pasar por ella a fin de conocer lo que sentís vosotros, amados Míos. Ese tiempo que pasé en el desierto, ese tiempo de prueba, se me hizo interminable. Cuando comprendí hasta qué extremo se podían agrandar esos gigantes de dudas, oí la voz de Mi Padre. Era un silbo apacible, pero claro como el agua. Me dijo: “Hijo, estoy combatiendo por Ti, para que Tu fe no falte”. Eso fue todo cuanto oí, en un momento bien definido, y esa voz me infundió ánimo para persistir.

En cuanto oí Su voz, ¡me postré de rodillas y le invoqué con el más sonoro clamor que había emitido hasta entonces! ¡Me arrodillé llorando, clamando y suplicando a Mi Padre con todas Mis fuerzas! Me eché al suelo implorándole con toda el alma que me librara de las dudas que me acometían por todos lados.

Tomé una decisión, ¡la de luchar! ¡Quería intentarlo a toda costa! ¡Quería mantenerme en pie! ¡Quería librarme! Hasta ese momento, estuve al borde del abismo. Hasta ese momento, permanecí en el valle de la decisión. Aún no había pecado, porque no había tomado

una decisión en ningún sentido. Por eso trataba Satanás de convencerme. Se afaná por conquistarme. Sí, quería ganarme a su causa.

Mas en el momento en que clamé pidiendo ayuda con todas Mis fuerzas, fue consumado. Decidí decir que sí. Clamé a Mi Padre con lenguas intensas, suplicándole: “¡Líbrame hoy mismo! ¡Lléname de Tu poder para que pueda luchar, afirmarme en Tu poder y librarme! ¡No quiero esto! ¡No acepto estas dudas! ¡Dame Tus fuerzas y llévate estas dudas!”

A consecuencia de ese ferviente clamor, de esa decisión de someterme de lleno, de esa súplica pidiendo liberación, se me abrieron los ojos. Con esa liberación se me renovaron las fuerzas, porque Mi Padre me escuchó y respondió. Mi Padre estuvo presente en todo momento. Estaba listo, esperando sólo a que Yo tomara la decisión. Tenía que elegir. Tuve que extender la mano y aceptar Su ayuda. A raíz de esa liberación vinieron estas palabras: “¡Vete, Satanás! ¡Al Señor tu Dios adorarás, y a Él sólo servirás!” En cuanto clamé a Mi Padre pidiéndole que me ayudara, me pude beneficiar de la verdad de Su promesa.

Había oído la voz de Mi Padre, y gané la batalla. A partir de ese instante, ya iba camino de la victoria, de muchas victorias. Ciertamente de muchas victorias, pues quedaban numerosas batallas que librar y victorias que alcanzar. ⁽³⁾

Les cuento esto para animarlos y hacerles saber que, para empezar, Yo pasé por lo mismo que experimentan ustedes cuando libran una batalla implacable que nunca se acaba. Tarde o temprano terminará, Mis amores. Llegará a su fin, como llegaron a su fin Mis cuarenta días en el desierto.

En segundo lugar, jamás subestimen el efecto que tienen en el Enemigo durante una batalla. Por fuerte que se vea él, con cada golpe lo debilitan un poco más. Aunque no lo parezca al principio, créanme: lo debilitan, hasta que termina por darse por vencido y se va. Así fue cuando estuve en el desierto. Durante esos cuarenta días que pasamos combatiendo se estaba llevando una tremenda paliza, solo que no lo demostraba.

Eso es lo engañoso del Enemigo. Recuerden que es un embaucador y un mentiroso (Juan 8:44), y que siga volviendo a arremeter contra ustedes no significa que no le estén propinando algunos golpes muy dolorosos. Eso fue lo que descubrí al final, cuando -como dije- dije apenas dos palabras y se dio por vencido. Entonces caí en la cuenta de que durante todo ese tiempo había estado teniendo efecto en él, solo que él no me iba a dar la satisfacción de saber que Mis armas lo estaban fulminando y derrotando.

En tercer lugar, como sentí los padecimientos de ustedes, sepan que comprendo lo que pasan, y estaré con ustedes a cada paso. Estuve en las mismas condiciones que ustedes, en las noches más oscuras y en los días más desalentadores. Me sentí débil e indefenso ante las acometidas del Enemigo. Le propiné el mejor golpe posible y a pesar de eso no veía que hiciera progresos. Estuve en vuestra situación, en las circunstancias más difíciles, pero me libré, como también se librarán ustedes.

Por eso, la próxima vez que estén en lo más reñido de la batalla, cuando les parezca interminable, cuando estén haciendo todo lo que puedan para combatir al Enemigo y no vean que hacen progresos, acuérdense de Mí y del tiempo que pasé en el desierto combatiendo al Diablo durante cuarenta días. Así como Mi Padre estuvo conmigo durante ese tiempo, estaré

con ustedes. Aunque me parecía que ese tiempo en el desierto nunca acabaría, terminó. Aunque me parecía que no estaba progresando para dar un golpe contra el Enemigo que lo dejara fuera de combate, lo estaba debilitando y con el tiempo quedó derrotado y la batalla llegó a su fin. ⁽⁴⁾

El Padre permitió ese tiempo de prueba. Era necesario. Tenía que pasar por eso, ya que me disponía a emprender la misión más grande de la historia de la humanidad. De no haber derrotado entonces al Diablo, en aquel desierto, no habría estado en condiciones de cumplir la misión de Mi vida, la misión que tenía por delante.

El Diablo luchó encarnizadamente. Para que os hagáis una idea: si él me hubiera frenado en aquel entonces, ¡vosotros no estaríais hoy donde estáis! Luchó largo y tendido, de formas muy sutiles. Citó las Escrituras de maneras muy astutas, entretejiéndolas en un tapiz de engaños y mentiras, entremezclándolas con razonamientos lógicos, sensatos, comprensibles, con sentido, que parecían buenos y verdaderos. Satanás conoce la Palabra, y la falsea, la tergiversa y urde maquinaciones. Incorpora granos de verdad a la mentira con la intención de seducir.

Parecía muy bueno lo que me decía. Me ofrecía cosas muy atractivas, ¡muy tentadoras! Figuraos, ¡todos los reinos del mundo! ¡La propuesta no podía ser más sugestiva! Yo era hijo de un humilde carpintero. Me afligían la injusticia, la pobreza y la gran miseria que me rodeaba. Mi pueblo era pobre y sufría persecución bajo el yugo romano. Yo vivía en un mundo plagado de injusticia y de problemas, muchísimos problemas. Las riquezas del mundo, pensando en lo que se podía hacer con ellas, eran sumamente tentadoras. Quizá podría haber mejorado la situación. Desde luego, habría resuelto los apuros económicos. Con esas riquezas podría haber corregido lo que andaba mal. Eso fue lo que me dijo el Diablo, y era muy atrayente.

Sin embargo, Satanás sabía que Yo no lo aceptaría de buenas a primeras. Al fin y al cabo, las riquezas de Mi Padre eran mucho más cuantiosas. Por eso, intentó hacerme dudar de Mi Padre, dudar que acudiría en Mi ayuda, en Mi socorro. Satanás trató de hacerme creer que Mi Padre me había expulsado del Cielo, que me había abandonado en la Tierra. Me dijo que si Mi Padre me había abandonado y desheredado, me convenía aceptar todas las riquezas de los reinos de la Tierra. Fue de lo más astuto.

A veces la vida era dura en Mi cuerpo humano. Me había criado viendo la pobreza y la desesperación de la gente, las penurias de los pobres y la opresión de los romanos. La situación no podía ser peor. Meditad en esto. Fijaos en lo que me ofrecía Satanás: ¡todos los reinos del mundo! ¡Una oferta de trabajo de lo más tentadora! ¡El no va más de los empleos en el Sistema! ¡Podía haberme convertido en el amo y señor de todo! Era tentador, de lo más tentador. Mas en el fondo de Mi corazón, una voz me dijo: “Mejor es comer legumbres donde hay amor que gozar de los deleites temporales del pecado”.

Mientras batallaba en el desierto con el mismísimo Satanás, me di cuenta de dónde se libraba la verdadera batalla: en Mi corazón y Mi mente. Mi propia alma estaba en juego, y el Tentador me atacaba con aquellas dudas. Ponía todo su empeño en hacerme dudar de las bendiciones y las riquezas de Mi Padre. Trataba de hacerme dudar de Mi herencia. Procuraba matarme con todas aquellas dudas. Mas cuando clamé fervientemente a Mi Padre y le pedí

que me llenara de Su Verdad, logré ver con claridad Su plan. Comprendí que todas las riquezas del mundo no eran nada.

En un principio no lo sabía, pero en cuanto tomé la decisión, en cuanto le dije que sí a Mi Padre, en cuanto clamé a Él con urgencia, suplicándole que me liberara de las dudas que trataban de apoderarse de Mi mente y Mi espíritu, Él me libró. Fue entonces cuando se me abrieron los ojos y pude ver con mayor claridad la verdadera batalla que se estaba librando. Me di cuenta de la falsedad de todo, de que todas aquellas riquezas y los reinos de la Tierra se desvanecerían. No son más que una fachada tras la cual se esconde la atroz realidad. A partir de entonces tuve los ojos abiertos.

Y ¿sabéis qué sucedió? ¿Sabéis qué hizo Mi Padre para ayudarme a salir adelante? En Su infinita misericordia y omnímodo Amor, envió a Sus ángeles para que me sirvieran. Ah, ¡qué alivio sentí! Me brindó el grato alivio y la fortaleza que necesitaba para los días que habían de llegar. Era la fortaleza que me hacía falta para el ministerio que estaba a punto de emprender.

Los ángeles bajaron y tuvimos dulce comunión. Derramaron la Palabra sobre Mí en abundancia. ¿Cómo creéis que me sirvieron? ¿Os lo preguntasteis alguna vez? Me sirvieron en cuerpo y alma. Me dieron el alimento que necesitaba con urgencia. Me apacentaron con la Palabra, que provenía de la mano misma de Dios. Así es, me llevaron la Palabra pura y no adulterada de Mi Padre celestial.

¡Me di un festín con ella! ¡Me embebí de ella! Me empaparon de ella de pies a cabeza, y en ese momento se inició Mi curación. Sí, Mi curación. Ese combate tan feroz con Satanás en el desierto me había afectado. Fue un combate largo y encarnizado. Tenía que volverme a fortalecer, recuperar la motivación y llenarme de nuevo. A partir de entonces, Mi vida fue otra. Me di cuenta de que siempre tenía que tomarme el tiempo suficiente para descansar y volverme a llenar, de que debía contar con la Palabra de Mi Padre, pues ella era la fuente de Mi poder. A partir de entonces comencé a pasar sin falta ciertos momentos apartado de todo, levantándome temprano por la mañana si era preciso, para ir a un lugar tranquilo y obtener esa fortaleza celestial.

Fue entonces cuando se inició realmente Mi ministerio. Todos los años anteriores fueron de preparación. Aunque ya contaba con cierta medida del Espíritu de Mi Padre y tenía gran poder, ese tiempo en el desierto sufriendo tentaciones, librando esas batallas y triunfando sobre las dudas me llevó a tomar una decisión importante que trajo como consecuencia esa liberación. ¡Obtuve la victoria! ¡Luché y gané!

Cuando me encontraba en el desierto, había ocasiones en que parecía que la batalla nunca acabaría. La lucha era enconada, y tenía tentaciones de rendirme. Mas gracias a todo ello y a Mi liberación, obtuve un poder aún mayor. Me libré de los impedimentos de Satanás y fui impulsado hacia adelante, con lo que se desató una nueva ola de testificación como el mundo nunca había conocido.

Así es, fui liberado en el desierto. Tuve que acudir con afán a Mi Padre. Tuve que librar la batalla de las dudas y derrotar al Diablo ahí mismo; de lo contrario, no habría podido continuar. ¡Satanás luchaba con uñas y dientes! Quería frustrar Mi ministerio, Mi testimonio. Su intención era acabar conmigo, con vosotros y con la gente de este mundo. Él sabía que si conseguía detenerme en aquel momento, ganaría la batalla por la Tierra.

Fue una temporada de pruebas y de purificación. Mi ministerio y Mi misión eran tan importantes que me era necesario ser purificado. De lo contrario, me habría resultado imposible proseguir. Había demasiado en juego. En los tiempos que habían de llegar no podían atormentarme las dudas. Por eso, era preciso que tomara una decisión. Tenía que superar todas esas pruebas. No podía eludirlas, pues soy vuestro Sumo Sacerdote y me compadezco de vuestras batallas, de vuestras pruebas. Tenía que pasar por ellas a fin de poder defenderos ahora con convicción. ¡Pero triunfé! Triunfé y ahora puedo contarlo. Estoy aquí para luchar por vosotros.

Cuando tomé la decisión de clamar afanosamente a Mi Padre, de buscarlo con todo Mi ser, Él envió ángeles que me sirvieron. Me sirvieron bien. Me ministraron la Palabra, y gracias a ella seguí adelante. Esa fue Mi arma secreta. Era lo único con que podía repeler los ataques de Satanás y derrotarlo cada vez. La Palabra lo derrotó en ese entonces y sigue haciéndolo, porque él la detesta. ¡No la aguanta! Tiembla de sólo pensar en ella. Con tan sólo oírla, empieza a arrugarse y se desvanece.

Hijos Míos, vuestra guerra no es carnal, sino espiritual; por eso debéis combatir espiritualmente. No debéis tratar de luchar de un modo carnal. La guerra de los mundos ha de ser librada y ganada por medios espirituales. Todas las luchas son espirituales, incluso las que libran los que no me conocen y las que veis a vuestro alrededor en el mundo. La guerra por este mundo es espiritual. Por eso debéis librarla por medios espirituales.

Vosotros procuráis resolver vuestros problemas de un modo físico. Sin embargo, antes debéis luchar y ganar en el plano espiritual. Antes debéis combatir con armas espirituales, que son poderosas para la destrucción de fortalezas. ¡Son poderosas! ¡Grande es su poder! Sólo tenéis que extender la mano y tomarlas. Empuñad las armas espirituales, aprovechadlas, y huirán las dudas, los conflictos y la incertidumbre.

Yo acepté la Palabra en el desierto y me fortalecí. La blandí con fuerza y agilidad contra el Diablo, y él se vio obligado a huir. Yo tenía que ganar esa batalla, así como vosotros tenéis que ganar la batalla.

Cuando estaba en el monte y clamé a Mi Padre, Él me llenó de Su Palabra, y Satanás huyó. Cuando comencé a citar la Palabra, ésta me infundió fortaleza para las batallas que tenía por delante. Era lo único que me podía salvar. De ahí en adelante tuve que mantenerme saturado de las promesas de Mi Padre. La intensidad de las batallas aumentó, pero Mis fuerzas también se acrecentaron, pues al obedecer y aceptar la Palabra, al ponerla por obra y citarla, pude seguir triunfante.

La victoria que venció al mundo fue Mi fe en la Palabra. Vencí a la muerte en la cruz y resucité. Vosotros también podéis salir del valle del desespero si obtenéis ese poder.

No podía dejar de citar la Palabra. Mi fe surgió y creció porque vivía empapado de la Palabra, citándola continuamente. Cuando caminé por las playas de Galilea sanando enfermos y atendiendo las heridas de los perdidos y cansados, cuando manifesté amor a la samaritana, sané a la hija de Jairo, expulsé demonios, levanté a Lázaro de entre los muertos e hice bajar de lo alto milagros, señales y prodigios, cada una de esas victorias la obtuve mediante la Palabra. Lo que Yo hablaba era la Palabra. Fue la Palabra la que me infundió poder. Fue la Palabra la que me mantuvo libre de dudas. Fue la Palabra la que me vacunó contra las mentiras de

Satanás. Lo que me confirió poder para obtener en todo momento la victoria fue mantenerme repleto de las Palabras de Mi Padre.

Después de la victoria inicial que obtuve en el desierto en vísperas de Mi ministerio, seguí pasando por una prueba tras otra. Las pruebas nunca cesaron. Satanás no dejó por un momento de arrojarme dardos de fuego. No obstante, siempre salí triunfador, pues blandí Mi arma secreta. Empuñé la Palabra. La cité, conté con ella, devolví el golpe con ella y vencí al mundo gracias a ella. Fue todo mediante Mi fe en la Palabra. Cuando comencé a dar los pasos iniciales de poner en práctica la Palabra, Mi fe aumentó, prosperó y persistió.

Todo comenzó cuando fui liberado inicialmente de las dudas en el monte, en el desierto, cuando combatí cuerpo a cuerpo con el propio Satanás. Esa batalla, esa victoria de invocar a Mi Padre, fue el proceso inicial que puso Mi fe en acción. Prosperé gracias a la Palabra. A medida que la escuchaba, la acogía y la transmitía, crecía Mi fe. Esa fe Mía que transformó el agua en vino fue en aumento, hasta ser capaz de mayores milagros conforme progresaba Mi ministerio.

No es que el Diablo no me volviera a atacar con dudas. Lo intentó esforzadamente. Lo que marcó la diferencia fue que Yo vivía inmerso en la Palabra, la citaba y me mantenía lleno de ella. La Palabra me daba la victoria. Era Mi única esperanza. Nunca me falló, siempre me ayudó a salir adelante. También es la única esperanza que tenéis vosotros. Os dará la victoria, os sacará adelante siempre, sin excepción. Por tanto, empapaos de ella, sumergíos en ella, invocadla y deleitaos en ella. ⁽⁵⁾

El Comienzo de Mi Ministerio Público

Sé lo que se siente cuando se va en pos de lo desconocido. A veces da miedo. Yo lo sentí así cuando me lancé a ejercer Mi ministerio público. Contaba con las promesas de Mi Padre, tenía garantizada asistencia del Cielo y el Padre me había dado una gran paz interior y fe en que había llegado el momento. Aun así, daba miedo. Así que los entiendo.

Me costó abandonar el entorno al que estaba acostumbrado, a Mi madre, a Mis hermanos y a Mis primos, a quienes amaba. Fue duro abandonar lo que había llegado a convertirse en un ambiente cómodo que me brindaba seguridad, y lanzarme a algo nuevo. Es, pues, comprensible que al principio tengan un poco de aprensión. Es natural. Pero a medida que den pasos de fe, esa fe se quedará respaldada por todo Mi poder y ayuda espiritual. Se lo prometo. ⁽⁶⁾

Cuando principié Mi ministerio en la Tierra no tenía pastores de carne y hueso en los que poner los ojos. Tanto Mi Padre en el Cielo como Mis padres carnales me habían enseñado mucho. Me habían preparado, y llegó un día en que se inició una nueva etapa de Mi vida. Durante ese tiempo fue cuando alcancé Mi plenitud, Mi máxima utilidad.

Hubo muchas ocasiones en que sentí que quienes me rodeaban no se preocupaban, no escuchaban o no querían aceptar que se los corrigiera. Yo también sentí el peso de la carga, la presión, la soledad de dirigir, de pastorear. Mas fue en esas oportunidades cuando aprendí a

apoyarme en Mi Padre, a extraer fuerzas de Él y obtener así la fe para seguir.

Pasé largas horas de soledad, y Satanás me tentó innumerables veces. En esos momentos me preguntaba si valía la pena. Cuando Mis pobres y torpes conversos, y aun Mis veteranos de más confianza, se mostraban reservados, distantes e irresponsables y no arribaban el hombro, para Mí fue una prueba. Fui varón de dolores, experimentado en quebranto, y a veces tenía tentaciones de dudar que llegarían a aprender. En numerosas ocasiones me asaltaba una agobiante sensación de desaliento. Pero eso me obligaba a alzar la vista y apoyarme de lleno en Mi Padre celestial. ⁽⁷⁾

Levantándome muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salía a un lugar desierto y allí oraba. Me hacía falta pasar ese tiempo a solas. Necesitaba esos ratos para estar a solas con Mi Padre, a fin de refrescarme, de tener claridad mental, de corazón y espíritu, pues eran días ajetreados. Estaba rodeado por Mi equipo, que necesitaba mucha atención, amor y formación. Siempre había mucho que enseñarles. ⁽⁸⁾

Aunque algunos de Mis discípulos eran ignorantes y otros eruditos, inicialmente pocos de ellos me conocían y entendían cómo obraba Mi Espíritu. Todos tuvieron que aprenderlo, no por intermedio de libros, sino por el espíritu de amor. ⁽⁹⁾

Era entretenido estar con ellos. ¡Disfrutaba de su compañía! Eran gente estupenda. Cada uno era muy especial. Cada uno era distinto. Algunos eran gente sencilla, otros eran muy listos e inteligentes, otros tenían mucho talento. Diría que todos eran especiales, tal como la gente que os rodea a vosotros. Cada uno tenía su propia mentalidad, su propia voluntad, tenía su propio legado y orígenes que lo hacían singular, especial y distinto.

Para Mí fue un reto aprender a cuidar de ellos y dirigirlos, conquistármelos, comprenderlos, convencerlos, atraerlos, mantenerme un paso adelante de ellos y dirigirlos, animarlos a seguir adelante; aunque la mayor parte del tiempo me daba cuenta de que ellos no sabían hacia donde nos dirigíamos.

Fue una experiencia muy instructiva para Mí, y también fue durante ese tiempo que llevé a cabo Mi mayor ministerio mientras me encontraba físicamente en la Tierra. Sin embargo, para aguantar y desempeñar el papel que se me había encargado durante ese tiempo, era imperativo que me tomara esos ratos a solas, que hiciera esas pequeñas pausas para fortalecerme, para fijarme en lo que venía más adelante. A veces me hacía falta tomarme ratos para retirarme de la atención directa que brindaba a los que me rodeaban y de las situaciones inmediatas a las que debía atender en todo momento a lo largo del día mientras trabajaba con Mi equipo, viajando, testificando y sentando las bases para todo lo que habría de venir en el futuro. ⁽¹⁰⁾

Cuando estuve en la Tierra, fui un gran maestro. Mis discípulos reverenciaban Mis Palabras. Me respetaban y amaban. Pero Mis Palabras y pastoreo no eran lo único que les daba. Les entregaba Mi corazón, tiempo y amistad. La Biblia no registra las muchas ocasiones en que simplemente disfrutamos de la mutua compañía.

Compartimos momentos maravillosos. Momentos de distensión, ratos en que nos contábamos historias, en que reíamos; ratos en que hablábamos de sus familias, de lo que nos

gustaba, de lo que queríamos hacer; hablábamos de nuestros sueños y aspiraciones. Aquellos momentos que compartimos fueron los que más nos acercaron. Ellos comprendieron que no solo había ido a la Tierra para llevar Mi verdad y Mi mensaje, sino con el propósito de conocerlos, de conocer su corazón, lo que pensaban, lo que sentían, y para hacerles saber que Yo era hombre de pasiones semejantes.

Mis discípulos se dieron cuenta de que Yo era alguien que podía comprender sus carencias. Podía verlos como eran, comprenderlos, y ellos eran Mis amigos, aquellos a quienes les había encargado que continuaran la misión que yo había ido a cumplir a la Tierra. ⁽¹¹⁾

Salí, pues, ¡y al comienzo me llevé una gran sorpresa! Enseguida me di cuenta de que iba a tomarme algo de tiempo. No iba a cumplir mi misión de la noche a la mañana, no iba a cambiar la situación en un santiamén. Me encontré con que las cosas no eran como me había imaginado. Yo estaba ansioso de transformar el mundo, conquistar a los demás y conducirlos al Reino celestial. Pero Mi sabio y amoroso Padre tenía un plan, y todos encajamos en él. Tuve que comprender que a Mí también me hacía falta aprender todavía importantes lecciones.

Seguí adelante, y aprendí mediante lo que padecí. Aprendí obedeciendo, del mismo modo que vosotros también aprenderéis obedeciéndome. Con el tiempo descubrí que podía llevar el Cielo en Mi corazón y comunicárselo a otros. Al ir descubrí que el Cielo estaba en Mi interior, que era parte de Mí y nadie me lo podía arrebatar. Fui y aprendí que la amorosa mano de Mi Padre era infalible y jamás me defraudaría. Seguí adelante, no dejé de obedecer, y la gloria del Cielo se manifestó en Mí.

Y ahora, así como Mi Padre me envió, Yo también os envío, para que hagáis discípulos de todas las naciones. Mas recordad que Yo aprendí por lo que padecí. También vosotros aprenderéis con vuestros padecimientos. Tomad nota de Mi ejemplo y alentaos. Sobre la marcha aprendí paciencia, porque las cosas no siempre salían como Yo esperaba.

Pedro, Jacobo, Juan, Andrés y los demás no siempre captaban las cosas con la rapidez que Yo habría deseado. Al principio no entendían cuando les hablaba del gran amor que tenía en Mi corazón, el gran amor del Cielo, el gran amor que quería transmitir. Yo intentaba ayudarles, pero no eran capaces de entenderlo todo a la primera. Procuraba explicarles cómo era la gloria, el esplendor del Cielo. Procuraba ayudarles a comprender que ellos también podían tenerlo en su corazón. Mas como decía, tomó tiempo. No siempre entendían las cosas con la rapidez que Yo quería. Cada uno aprendía a su ritmo. Cada uno progresaba a su manera. Así pues, tuve que tomármelo con calma. Tenía que ser sensible a la naturaleza de cada uno, a sus necesidades. Tenía que tratar cada uno de aquellos tiernos corazones como correspondía.

Para Mí fue una prueba de paciencia y de amor. Descubrí que aunque Mis Palabras eran importantes, la gente entendía mejor el ejemplo vivo de Mi amor. Muchas veces lo que hacía falta era que me tomara tiempo para manifestar amor, para indicar a los demás el camino.

Seguí adelante y aprendí a tener tesón. Aprendí a hacer las cosas paso a paso. Aprendí a tener fe. Aprendí a recurrir a Mi Padre celestial. Aprendí a no darme por vencido. Aprendí mucho por lo que padecí.

Extrañaba la paz y tranquilidad constantes que había conocido en el Cielo, pero no tardé en descubrir que las tenía conmigo en todo momento, en Mi corazón. Siempre me

acompañaban; no tenía más que conectarme y hacer uso de la paz que sobrepasa todo entendimiento. Sentía la carga y el apremio de la muchedumbre. Oía el ruido, percibía la confusión, la preocupación y la tensión. Era algo muy real, y me veía rodeado de todo eso. Sentía la ansiedad de la gente. Sentía su dolor. Todas esas experiencias hicieron posible que me compadeciera de sus debilidades y aprendiera a ser tolerante y compasivo.

Muchas veces me habría gustado poner todo en orden de un chasquido. Habría podido convocar todas las legiones de ángeles para arreglar las cosas. Sin embargo, no debía ser así, no era ése el plan de Mi Padre. Él sabía que me hacía falta aprender y que aprendería, y que con el tiempo los demás también aprenderían, se liberarían y me seguirían más de cerca. Él sabía que las lecciones que Yo aprendía y las decisiones que tomaba -no sólo Yo, sino también los otros- tenían mucha más transcendencia y darían mucho más fruto. Él tenía un plan, un propósito, y se estaba cumpliendo.

Momento a momento, con cada prueba a que eran sometidas Mi paciencia y Mi fe, aprendía algo y me iba convirtiendo en lo que el Padre quería que fuera. Me estaba preparando para las grandes cosas que me aguardaban, para el momento en que afrontaría la decisión fundamental de Mi vida. Mi Padre conocía la importancia de tal decisión. Él sabía cuánto dependía de Mí, cuánto reposaba sobre Mis débiles hombros; aun así me preparó, me enseñó, me guió y me fortaleció con mucho amor. Entretanto los demás también iban aprendiendo y convirtiéndose en lo que Él quería. Todo estaba “ayudando a bien”.

Yo estaba aprendiendo a orar. Con cada situación, con cada dificultad que surgía, cuando me venía la tentación de perder la paciencia, de perder la calma, cuando no sabía qué hacer, no me quedaba otra opción que alzar la vista al Cielo, a Mi Padre. Con todas aquellas experiencias, Él me estaba enseñando a orar. Así fue; cuando salí de la esfera protectora de amor de Mi morada celestial, aprendí todo eso. Aunque en Mi interior llevaba toda la verdad del Cielo, me tomó tiempo enseñar a otros. Necesité paciencia para amar, sabiduría para dar, y constancia y aguante para seguir avanzando gradualmente, día tras día.

En el tiempo en que fui carne, cuando se me presentaba una labor excesivamente grande, por encima de toda capacidad humana, tuve oportunidad de conocer la plenitud del poder de Mi Padre. Aprendí a apoyarme en Él con todo Mi corazón, con toda Mi alma, con todo Mi ser, y al apoyarme en Él, saqué fuerzas.

Poned, pues, los ojos en Mí. Fijaos en Mi ejemplo, y sabed que al igual que a Mí me sostuvo el amor del Padre, Yo también os sostendré a vosotros. Yo sabía de la realidad del Cielo. Conocía el amor del Padre. ¡Conocía el esplendor del Cielo! Eso me infundía fuerzas para seguir, y a vosotros también os las infundiré. Era algo que pervivía en Mi corazón, y que ni el mayor problema, ni la peor dificultad, ni la más alta montaña podían arrebatarme. En tanto que mantenía la vista puesta en el Cielo, me sostenía. En tanto que dirigía la mirada a Mi Padre, Él me daba las soluciones y las respuestas que necesitaba. ⁽¹²⁾

Mientras llevaba a cabo Mi importante misión, Yo también tuve que afrontar condiciones difíciles en extremo. No sólo tuve que vivir hacinado con Mis discípulos, sino que en muchos casos las tremendas incomodidades de pasar buena parte del tiempo a la intemperie nos afectaron físicamente. En nuestra vida errante, nos veíamos con frecuencia en

la incertidumbre de no saber dónde recostaríamos la cabeza a la noche. Era duro.

Era penoso, y tenía que esforzarme mucho por encontrar lugares tranquilos donde no me molestara la multitud. Por dondequiera que andaba, dondequiera que iba, era muy solicitado. Era el centro de la atención de las muchedumbres, que contaban con que me volcara a ellas. Asimismo, tuve que vérmelas con burladores, con escarnecedores y gente que quería hacerme daño. Muchas veces eso era agotador, y en ocasiones estuve a punto de dejarme caer, agobiado por todo ese peso. En todos los sentidos vivía en condiciones extremas. Me sentía presionado por el hacinamiento en que vivía con Mis doce discípulos, y además por las multitudes a las que ministrábamos. ⁽¹³⁾

Considera el ejemplo que di Yo. Cuando me encontraba ante las muchedumbres, Yo sabía que no podía resolver sus problemas. ¿Cómo iba a sacar de sólo cinco panecillos y dos pescados lo suficiente para dar de comer a 5.000 personas? ¡Era una tarea imposible! Sin embargo, ¡no me preocupé! No podía preocuparme. Lo único que podía hacer era aceptarlo y decir: “Es cierto, Padre, tienes razón, Yo no puedo hacerlo. Yo no, pero Tú sí.” ¡Y Mi Padre lo hizo! Hizo lo que Yo con Mis propias fuerzas no podía. (Juan 15:19.)

¿Sabes?, para dar de comer a esas 5.000 personas no organicé flotillas de pescadores ni envié antes a Mis discípulos a pescar. Lo hice confiando tranquilamente, con la plena certeza de que Mi Padre era también poderoso para hacer todo lo que había prometido. Me limité a alzar la vista al Cielo y echar la carga sobre Mi Padre. Él me sustentó, sustentó a la multitud, y 5.000 personas comieron ese día. Primero tuve que confiar plenamente. Tuve que adoptar una postura de fe para que Mi Padre obrara el milagro. Después vino la organización y distribución del alimento; pero antes tuve que confiar y asumir una postura de fe.

Las situaciones, los problemas, las cargas y la presiones de la gente que se agolpaba a Mi alrededor eran muchas. Muchos padecían dolor, sufrían, estaban angustiados, y exclamaban en torno a Mí: “¡Imposible!” Muchos de los que me seguían eran asaltados y abofeteados a diestra y siniestra por dudas y desaliento. Yo oía el clamor y los lamentos, y eran una carga gravosa para Mí. A veces los problemas parecían insolubles... ¡y es cierto que lo eran! Humanamente eran imposibles de resolver. Sin embargo, así aprendí a confiar de veras, a apoyarme de verdad y a echar Mis ansiedades sobre Mi Padre. Entonces aprendí a no conformarme con lo humano, sino a confiar en lo divino. ⁽¹⁴⁾

Del mismo modo que Mi Padre estuvo conmigo, así estoy Yo contigo. No temas, pues. Aprende de Mí, que cuando emprendí Mi ministerio en aquellos valiosos años, aprendí a aprovechar al máximo el estrecho pastoreo que me brindaba Mi Padre. Aquellos momentos, aquellas pruebas, aquellas tentaciones con las que me topaba, sirvieron para llevarme a buscar más a Mi Padre y entablar con Él una comunicación más estrecha de la que nunca había tenido.

Gracias a todo eso -a esas pruebas y a que tenía que valérmelas solo-, maduré y vencí. En aquel tiempo tan inapreciable, la mano de Mi Padre me guió de forma directa y personal. Recibí orientación directa, pura y personal, un pastoreo individual desde el Cielo. Y eso es lo que anhelo darte, Mi amor: un trato personal conmigo, orientación, guía y consuelo

provenientes de Mi mano misma, de Mi corazón, a fin de que crezcas, maduras y seas consolada por Mí, para que a cada instante del día Yo te pueda guiar y dirigir directamente. Así como Mi Padre veía toda la situación, el panorama completo, Yo también lo veo. Te conozco, te veo y te puedo orientar mejor que nadie. Veo todos los ángulos, no sólo desde la perspectiva terrestre, sino desde la celestial. ⁽¹⁵⁾

Tuve que soportar muchísimas horas de soledad y anhelaba una comunicación directa y personal con Mi Padre, cara a cara. Añoraba los tiempos en que había vivido en el Cielo, a salvo dentro de Nuestra esfera protectora de consejo y comunión, donde Él siempre me supervisaba directamente, con amor. En un momento de soledad, sintiéndome abandonado en medio de la tentación, llegué a preguntarle a Mi Padre: “¿Por qué me has desamparado?” Sí, conozco las cargas, el peso que soportan tus pequeños hombros. Yo también sentí la presión, el agobio y la soledad de dirigir.

Gracias a todas esas pruebas, a ese tiempo tan provechoso, alcancé Mi plena madurez. A raíz de todas esas experiencias y momentos de soledad, cuando me asaltó la tentación de desesperarme, se estableció Mi línea directa de comunicación con el Cielo. Fue durante ese tiempo de prueba cuando llegué a apoyarme de lleno en Mi Padre celestial, y así cobré fuerzas. En aquellas horas sombrías y solitarias, al tener que apoyarme tanto en Él, descubrí que Su fortaleza bastaba para sacarme adelante.

A raíz de esas experiencias sombrías y tenebrosas descubrí el poder que tenía a Mi disposición, el poder que tenía en Mí. Gracias a esos momentos de prueba llegué a aprender que todo eso era necesario para convertirme en lo que tenía que ser. Pues de no haber pasado por esas pruebas, de haber sido otras las circunstancias, no habría invocado a Mi Padre con tanto afán. No habría llegado a aprender lo que Él podía hacer por medio de Mí, de Mi frágil estado carnal. Aprendí que en Mi propia carne no era capaz de nada; pero con el poder del Espíritu, a consecuencia de aquellas experiencias trascendentales y momentos de prueba, cuando invoqué a Mi Padre, pude beneficiarme de todo el poder de Él.

Me hice carne a fin de poder luchar por ti, comprenderte y ser tu Intercesor, tu Buen Pastor. ⁽¹⁶⁾

Las experiencias que viví en la Tierra me enseñaron acerca de la compasión. Sentí el dolor, experimenté el sufrimiento y comprendí la lucha interna de cada una de las personas a las que impartí enseñanzas, de cada uno de los que sané, de cada uno de aquellos cuya vida afecté.

Yo no podía vivir como un ciego de nacimiento. No podía ser la mujer que padecía el flujo de sangre, que soportaba grandes dolores y angustias físicas. No podía ser el leproso que sufrió años de ostracismo mientras veía con gran dolor cómo moría su carne. No podía ver perecer a Mi hijo delante de Mis ojos y sentir la desesperación de no poder impedirlo. No podía haber vivido todo eso en un solo cuerpo. Lo que me dio la compasión y la comprensión, lo que me convirtió en el Sumo Sacerdote de ustedes, que se compadece de sus debilidades y fue tentado en todo igual que ustedes, es que el Padre dispuso que experimentara por medios

sobrenaturales el dolor, el sufrimiento y las batallas de cada persona cuya vida afecté profundamente (Hebreos 4:15).

Naturalmente, no habría podido haber vivido todas aquellas experiencias en tiempo real. Mi cuerpo físico no habría podido soportar todo eso y además cumplir el propósito para el que se me envió a la Tierra. En cambio, sí se me permitió percibir en carne propia la sensación de pérdida de cada persona, su pesar y sufrimiento, y comprenderla a fin de contar con la motivación necesaria para cumplir Mi misión. Cada experiencia contribuyó a afirmar Mi convencimiento de que la única forma de librar a los hombres era proceder con lo que Mi Padre me había encomendado que hiciera. ⁽¹⁷⁾

La Perspectiva Correcta con Respecto a Mis Parientes más Cercanos

Estando en la Tierra plenamente dedicado a Mi ministerio, tenía que consultar con Mi Padre para saber qué actitud debía tener en Mi relación y trato con mi padres terrenales, así como con Mis hermanos. Descubrí que no hay honra para un profeta en su propia tierra y entre sus parientes (Marcos 6:4). Había mucha familiaridad con los que me habían visto crecer, y cuando descendió sobre Mí el Espíritu Santo y recibí la unción para Mi ministerio, a los que me conocían de toda la vida les costaba mucho ver más allá de la carne. Siempre me habían visto de la misma manera, como un humilde carpintero y nada más. Grande era su incredulidad, y por eso, no pude hacer grandes milagros entre ellos (Mateo 13:53-58).

Traté de llevar el mensaje a Mis parientes, pero cuando se hizo evidente que no iban a cambiar, tuve que pedir a Mi Padre que me indicara cómo debía actuar en cuanto al trato con los de Mi propia sangre. Me señaló que “Mi madre y Mis hermanos son los que oyen la Palabra de Dios y la hacen” (Lucas 8:21). Habiendo entendido el concepto, pude fijar Mis prioridades. En ciertas ocasiones no tuve otra opción que explicar a Mis familiares que debía ocuparme de los asuntos de Mi Padre celestial.

Hoy les digo lo mismo que me dijo Mi Padre: Si no me aman mucho más que a sus padres, cónyuge, hijos o hermanos -incluso más que a la propia vida-, no pueden ser Mis discípulos (Lucas 14:26). Y amarme mucho más que a todos ellos significa concederme el primer lugar en todo aspecto de su vida. Es hacer Mi voluntad: predicar Mi Evangelio y realizar Mi obra en vez de dedicar demasiado tiempo al trato con quienes no tienen intención de hacer Mi voluntad o pretenden apartarlos de ella.

Con raras excepciones, sus familiares ejercerán una influencia negativa. Así fue en Mi caso, y para ceñirme a Mis prioridades, con frecuencia tenía que dejar de verlos, como pueden leer en Mi Palabra. Cierto día que me encontraba predicando a una multitud, Mi madre y hermanos fueron a buscarme, y Mis discípulos me informaron que deseaban hablar conmigo. Les respondí que Mi madre y Mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la hacen, y proseguí con la tarea prioritaria que entonces me ocupaba: predicar el mensaje que se me había enviado a predicar (Marcos 3:31-35).

No es que no amara a Mi madre y Mis hermanos. Los quería mucho. Pero sabía que lo que revestía mayor importancia, incluso más que mis nexos carnales, era obedecer a Mi Padre

del Cielo, hacer Su voluntad, proclamar Su verdad y cumplir la misión para la que había ido a la Tierra. ⁽¹⁸⁾

Una Vía en el Desierto

Durante los cuarenta días que pasé en el desierto (Marcos 1:13) libré una batalla de la que no quedó constancia. Una de las pruebas más duras que tuve que afrontar en ese entonces fue percatarme de que al emprender el camino de servicio al Padre y cumplir Mi destino estaba colocando a Mi familia terrenal en una difícil encrucijada. Sabía que Mi madre se mantendría de Mi parte hasta el final, pero también sabía que le desgarraría el corazón. Sabía que Mis hermanos tendrían que apartarse de Mí para salvar las apariencias ante la sociedad. Y sabía del tormento que le esperaba a Mi madre por las quejas que recibiría de ellos sobre Mí, conociendo la voluntad de Dios para Mi vida.

No es infrecuente que uno o hasta dos integrantes de una misma familia se aparten de lo convencional y sean diferentes, singulares. Con frecuencia he permitido situaciones así para tamizar a Mis hijos. Yo mismo tuve que pasar por el mismo tamiz, por lo tanto comprendo lo difícil y penoso que es. Sé lo que es vencer, porque en el desierto tuve que vérmelas con ese desaliento y salí airoso gracias a la ayuda de Mi Padre. Y ahora deseo impartirles a ustedes esa motivación tan fortalecedora.

En el desierto clamé a Mi Padre pidiéndole que me renovara la motivación y me reforzara la fe. Le pedí que me indicara qué pasaría si cedía a la presión que Mis hermanos trataban de ejercer sobre Mí. Y lo hizo. Me lo indicó claramente. Había una vía que llevaba a la vida eterna tanto a Mis hermanos como a todos mis seres queridos, ustedes incluidos. La otra conducía a una vida intrascendente; a ser uno más del montón. Alguien cuya huella no perduraría por más de una generación después de Mi muerte. ⁽¹⁹⁾

Honren a Sus Padres

Aunque tuve dificultades con algunos de Mis familiares, hubo entre ellos quienes me acogieron y brindaron apoyo. A veces Mi madre no entendía por qué no le daba más honra, la clase de honra que otros hijos rendían a sus madres. No entendía por qué no la honraba apoyándola más en el plano natural, como lo hacían otros hijos.

El cuidado que prodigaban los hijos a su madre era una señal de la honra que les rendían. Por tanto, al tener que ocuparme de los asuntos de Mi Padre, lo cual suponía viajar a Su servicio, no me era posible servirla y estar a su disposición como a ella le hubiera gustado. Con todo, gracias a los sacrificios que tuvo que hacer Mi madre al permitirme servir a Mi Padre del Cielo, Él la honró más.

Honren a sus padres por el sacrificio de habérmelos entregado a Mí, aunque no entiendan del todo ciertas cosas o no estén totalmente de acuerdo con ellas.

El Fortalecimiento de una Familia

Mi familia carnal tuvo que padecer persecución conmigo. Tuvo que escuchar las acusaciones de Mis enemigos. Mis parientes fueron testigos del desarrollo de Mi ministerio, escucharon la verdad que proclamaba, presenciaron los milagros, curaciones y liberaciones que hacía Mi Padre, hasta que se me persiguió, traicionó y ejecutó. Por el amor que me tenían, sufrieron al verme sufrir. Pero era necesario para estar firmemente convencidos de su amor por Mí. Se les otorgó el privilegio -por su bien y por el de su fe- de presenciar Mi persecución, porque a nadie se habría crucificado por los pecados del mundo sino a Aquél que estaba destinado a ello por ser Hijo de Dios.

La persecución dio testimonio a mi familia carnal de que Yo era quien afirmaba ser. Les dolió, les causó algunos problemas, pero al final fortaleció su fe más que nunca. ⁽²⁰⁾

Aprendí a Amar la Batalla

Mientras iba por todas partes haciendo el bien, mientras me topaba con situaciones de necesidad, Mi fe se veía puesta a prueba. Tenía que recurrir a cada momento a Mi Padre en busca de respuestas, soluciones y orientación, y eso era lo que me mantuvo fuerte.

Fue en medio de la batalla como me aumentó la fe y crecí en estatura y en sabiduría. Aprendí a amar la batalla, porque sabía que luchaba por ustedes, por su corazón, su alma y su vida, y valía la pena pagar cualquier precio. Sabía que era una batalla digna de combatirse. Una batalla en que se decidía la eternidad, una batalla decisiva, y sabía que valía la pena por las recompensas que nos aguardaban.

Era una batalla por el amor y por el bien, una batalla entre dos mundos. Yo libraba una guerra entre dos mundos, y sabía que estaba del bando vencedor. Era una batalla entre el bien y el mal, una batalla para derrotar a Satanás y su horda de demonios, y eso me condujo hacia la victoria. Me gustaba luchar contra el Enemigo cuando andaba por la Tierra, porque sabía que luchaba por el bien, por el bando que no puede perder. Cada vez que ponía los ojos en Mi Padre, con cada batalla ganada, aprendía a amar el combate. Me gustaba derrotar al Enemigo.

Cuando Satanás recurrió a sus trucos para tergiversar las Palabras de Mi Padre, gustosamente empleé Mis armas espirituales contra él. Me daba gusto verlo darse la vuelta y huir arrastrándose lleno de vergüenza. Cuánta alegría sentía cada vez que llegaban los ángeles y me ministraban, y eso acrecentaba Mi fe.

Mientras mantuviera la mirada fija en el Cielo, sabía que el Cielo entero estaba conmigo, y que no podía fallar mientras no me diera por vencido. En tanto que siguiera luchando, sabía que no podía perder. Daba igual qué impresión me diera, porque sabía que los sentimientos no eran de fiar. Mi fe estaba firme en el Cielo y fue lo que me sacó adelante.

Cuando miraba a las multitudes sabía que valía la pena; cada prueba, cada tentación, cada batalla, cada tribulación. Solo pensar en los demás, solo pensar en ustedes, hizo que valiera la pena. Sabía que Mis padecimientos no eran comparables con la gran recompensa de la gloria venidera que en Mí había de manifestarse.

No habría podido soportar la idea de sufrir en vano, de ir a la Tierra como humano, renunciar a la gloria del Cielo y no correr la carrera y ganar. Tomar conciencia de eso me ayudó a seguir adelante. ¿Iba a sufrir tanto en vano? Haber llegado tan lejos y darme por vencido hubiera sido una derrota, como colgar los guantes justo antes de la victoria final.

Sólo pensar en eso me dio el valor para decir a Mi Padre: “No se haga Mi voluntad, sino la Tuya” (Lucas 22:42). Hasta ese momento, en lo físico sentí la tentación de darme por vencido, pero sabía que no podía confiar en Mis sentimientos. En el fondo sabía lo que debía hacer. Al invocar la ayuda de Mi Padre obtuve las fuerzas para seguir adelante y Su Espíritu me ayudó a continuar.

Así es, ese fue el secreto de Mi victoria, de la misma manera que lo será de la de ustedes: acudan a Mí, pídanme que los ayude a mantener la vista fija en la meta. Mantengan los ojos en el Cielo. No pierdan la motivación celestial. Vivan de ella y cobren fuerzas. Así como Yo sabía que las pruebas no eran comparables con las recompensas venideras, también ustedes, hijos Míos, deben saberlo (Romanos 8:18). Todo lo que les he prometido lo haré, así como Mi Padre lo ha hecho por Mí. Así como Yo soy glorificado en el Padre, ustedes se glorificarán en Mí.

Por lo tanto, tengan ánimo, como Yo lo tuve cuando estaba en la Tierra. Avancen sabiendo que hay un plan y que tienen un propósito, una razón para vivir y para luchar. ¡Que ello los llene de dicha y los impulse a aferrarse a Mí, a continuar con la frente en alto a pesar de los obstáculos que surjan, a no dejarse derribar por los aparentes fracasos, sino que los impulsen a actuar disfrutando de la batalla blandiendo las armas más poderosas que el mundo ha conocido al defender la fe y responder al llamado celestial! ⁽²¹⁾

No los Podía Defraudar

Otro secreto de Mi victoria, lo que me ayudó a no perder de vista el objetivo, a seguir adelante hasta alcanzar las victorias y continuar la lucha fue mirar a quienes me rodeaban. Mezclarme con las multitudes, encarar las situaciones de apuro y tener que librar las batallas era lo que me motivaba a seguir luchando sin desistir.

¡No desistí! Por amor al prójimo, por amor a ti y porque sabía que no podía defraudarte. Aunque a veces pareciera que estaba fracasando, tenía que seguir. Me bastaba con confiar en Mi Padre celestial a sabiendas de que Él no fallaría pasara lo que pasara. Saber que tu salvación estaba en juego me ayudó a mantener la confianza en Mi Padre y me mantuvo apremiado y combativo en espíritu, resuelto a no abandonar.

De haber sido por Mi propio beneficio, por Mi propia victoria, habría sido más fácil darse por vencido. Pero cada vez que alzaba los ojos y miraba a las muchedumbres, a las almas necesitadas, los corazones hambrientos, los tristes, los desesperados, los miserables; los que mueren sin encontrar respuestas, eso me obligaba a luchar hasta triunfar.

Saber que tenía que aguantar por amor al prójimo era lo que me motivaba a desechar las insinuaciones de Satanás, que me tentaba a inclinarme a deseos egoístas y codicias carnales. Al alzar la vista y mirar a los demás, su necesidad se me quedó grabada a fuego en la

conciencia, en el corazón y en el alma. Sentí entonces el impulso arrollador de luchar y derrotar a Satanás de una vez para siempre. Sabía que combatía por la vida, el corazón y el alma de hombres y mujeres por quienes valía la pena hacer cualquier sacrificio.

Hijos, si quieren fortalecerse para librar las batallas que afrontan ahora, les digo que alcen los ojos y miren los campos que están blancos, maduros para la siega. Anímense sabiendo que llevan en las manos las llaves de la libertad, que pueden aliviar sus atribuladas mentes, proporcionarles tranquilidad, consuelo y un espíritu radiante, además de sanar y liberar su cuerpo agotado.

La necesidad perentoria, los perdidos y los que estaban solos a Mi alrededor me impulsaron y conminaron a marchar en pos de la victoria. Eso fue lo que me transformó en luchador, dispuesto a combatir y morir por ustedes, a fin de que fuesen libres. Cuando Satanás me tentó ofreciéndome todos los reinos del mundo, fueron las necesidades de ustedes, las carencias que padecían los perdidos y el mundo atribulado las que me mantuvieron firme. De ahí que no aceptara su oferta ni me enredara en los asuntos de este mundo.

Les digo, pues, hijos, que si ustedes también desean seguir Mis pisadas y mantenerse firmes, fijen los ojos en el Cielo. El Diablo no tiene otra forma de ganar que lograr que se entreguen, que acepten sus vanidades ilusorias (Jonás 2:8; Juan 8:44). No se enreden en los asuntos de este mundo, como Yo tampoco me enredé en ellos. Al contrario, miren al Cielo. Aférrense a la fe. Déjenla crecer. Salgan a ejercitarla para que se desarrolle. Alcen los ojos y miren los campos. Salgan y encaren la necesidad. Den a otros lo que Yo les he dado. ⁽²²⁾

1. ¡Crisis de fe! 1ª parte #3088:84-86, 88, 89
2. ¡Nada es demasiado difícil para Jesús! #3658:114-118
3. ¡Crisis de fe! 1ª parte #3088:92-97
4. ¡Nada es demasiado difícil para Jesús! #3658:122-126
5. ¡Crisis de fe! 1ª parte #3088:98, 103-106, 115-119, 122-129, 150-155
6. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:47, 49
7. ¡Jesús, nuestro Buen Pastor! #3113:34-36
8. Los momentos de quietud: ¡tu salvavidas! #3183:74
9. ¡Progresando juntos! #3666:37
10. Los momentos de quietud: ¡tu salvavidas! #3183:75-77
11. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:5-7
12. ¡Cartas de la Cumbre 96! 6ª parte #3092:26-37
13. ¡Jesús, nuestro Buen Pastor! #3113:37, 38
14. ¡Problemas y soluciones! 5ª parte #3073:26-28
15. ¡Jesús, nuestro Buen Pastor! #3113:46, 47
16. ¡Jesús, nuestro Buen Pastor! #3113:39-42
17. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:41-43
18. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:12-16
19. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:9-11
20. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:17-21
21. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:34-43
22. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:53-59